

# UN GENIO: MIGUEL ÁNGEL BUONARROTI

RECUERDO EMOCIONADO EN EL CUATROCIENTOS ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Resulta lógico e incluso apropiado el que lleguemos a pensar que la escultura española del Renacimiento, más concretamente la obra de Ordóñez, Siloé, Berruguete, Forment, etc., va precedida por un notable espíritu miguelangelesco; está informada, sustentada sustancialmente, por el mensaje del maestro de la Sixtina. No es éste ningún juicio temerario lanzado de una manera más o menos deportiva ni ninguna pseudoteoría formulada apriorísticamente. El genio, el revolucionario del arte es el que está arriba, coronando la pirámide, en la cúspide. En su derredor, muy cercanos a él, a su sombra, recibiendo y asimilando su lección magistral, encontramos los seguidores inmediatos, los que de alguna manera podríamos decir que constituyen su alumnado aprovechado, maestros y artistas también en el momento justo en que, una vez digerida y asimilada la enseñanza de aquél, se dedican a reelaborarla, a crear a su modo según los dictados de su razón, su sensibilidad y su dimensión poéticas, artísticas.

• • •

Hijo del podestá florentino Ludovico Buonarroti, Miguel Angel nace en Caprese —lugar del Apenino toscano—, el 6 de marzo de 1475. No han de pasar muchos años para que el pequeño —futuro creador de la “Pietà” más espléndida de toda la historia del arte— comience a dar muestras de portentosa concepción artística, de arranques capaces de denunciar visiblemente al genio.

Huérfano de madre y con la disconformidad y aversión del padre, el presunto escultor ingresa, en plena adolescencia, en el taller del maestro Ghirlandajo, con el deseo expreso de aprender a pintar. Trueca, empero, el pincel por el escoplo. De aquí y cimentado con las enseñanzas técnicas que ha aprendido en casa del instructor salta a la escuela-jardín de los Médicis, taller sostenido y alimentado por la generosidad y mecenazgo de Lorenzo el Magnífico. Lorenzo descubre en Miguel Angel el genio que, tímidamente, en él aflora. En su corte Miguel Angel conoce a humanistas, poetas, intelectuales de toda clase y tendencia, con quienes departe, aprende e intercambia conocimientos. A la muerte del desinteresado protector, el joven Buonarroti viaja por Venecia y Bolonia. Se dedica plenamente, con todas sus fuerzas, a conocer la anatomía humana con la máxima minuciosidad, detalle y precisión, en hospitales, salas médicas y depósitos de cadáveres. El

hombre como ser físico, como criatura, a partir de ahora, no guardará secreto alguno para el joven ávido. El artista escudriña las fibras, los músculos, los sistemas de los cuerpos inertes de toda edad y sexo, y los estudia diseccionalmente, como si fuera un anatomista. Sus exámenes profundos, las experiencias que ahora adquiere, han de traducirse prontamente en todas esas figuras portentosas que aparecen en su “Juicio Final” de la Sixtina.

Miguel Angel parece un predestinado. Predestinado a crear belleza y a dar al mundo muestras inconfundibles de arte y transcendente hermosura. Él juega con el escoplo, y con buril y cincel modela, sacando de la piedra lo que quizás Dios dentro del bloque marmóreo ha colocado de antemano: las más nobles figuras y las más espléndidas esculturas. Él mismo, con cálidos versos, con sublimes palabras, nos lo está diciendo:

*Como al quitar, Mujer, pronto aparece  
en piedra tosca y dura  
una viva figura  
que al par que se rebaja piedra, crece...*

En 1496 conoce Roma. Dos años más tarde el Vaticano le encarga la “Pietà”. La Virgen de Miguel Angel no solloza ni gime. No se aprecia en su semblante rasgo alguno de dolor. Sabe María como Madre y Reina, que el Hijo amado, víctima que se inmola por toda la Humanidad, ha muerto “solamente para tres días”. La Resurrección es esperanza y la esperanza es mensaje de alegría y gozo. La serenidad de su rostro y la entereza de su expresión como mujer y como madre confirman y actualizan el credo de la verdadera religión. Después de la “Piedad” —hoy en Nueva York con motivo de la gran Feria mundial—, en plena juventud, a sus veintitantos años, Buonarroti esculpe el más precioso desnudo de varón, comparable únicamente al “Doriforo”, al “Diadúmenos” o al “Apolo Sauróctono” de la Grecia clásica; surge ahora, por obra, gracia y genio del gran florentino, el “David”, la más bella expresión de un cuerpo joven, lleno de vida, de virilidad, de paz espiritual y de grandeza física. Quizá y sin temor a extralimitarnos en nuestras apreciaciones, la más digna representación que jamás se ha hecho del hombre como criatura cincelada por Dios a imagen y semejanza propia.

De aquí, del “David”, y hasta el final, todo va a ser ya soberbio y magistral en la obra del joven capresino. Una cadena de creaciones magníficas



cuyo primer eslabón lo constituye aquella genial "Pietà", sublime y singular, se ha abierto. Miguel Angel, que rehuye y antepone mil excusas ante las pertinentes insistencias de quienes pretenden verle pintar, sale triunfante y airoso en el mural de la sala del Consiglio del Palacio Vecchio de Florencia. Su episodio de la batalla de Casina —cuando los florentinos que se bañan en el Arno son sorprendidos por los pisanos— es original fruto de su talento portentoso y genial. Sus personajes trazados con el pincel no constituyen sino auténticas figuras escultóricas. Incluso se ha aprovechado de la circunstancia para adiestrarse con los desnudos que ampliamente conoce. Los conocimientos anatómicos que tan maduros tiene se plasman aquí atrevida y arriesgadamente, con toda la belleza imaginable.

El "Moisés" que proyecta para el mausoleo del papa Julio II no es sino la obra de un genio en su plenitud absoluta, en su madurez creacional y estilística. El "Moisés" no será sino el modelo que ha de simbolizar, representar y explicar el Renacimiento. Miguel Angel va así cubriendo paulatinamente, poco a poco, todas las etapas y estadios del mundo en que le ha tocado vivir. En él se conjugan dos grandes corrientes: el teocentrismo medieval y el antropocentrismo del mundo moderno, el propio mundo que le ha tocado vivir. Para él encima de todo está Dios y llega a ese Dios suprahumano por medio de sus propias criaturas: el hombre.

Miguel Angel es un humanista en el amplio y auténtico sentido del vocablo y la expresión. Su capacidad de creador le lleva a dibujar con perfección; a la maestría absoluta en el mármol; a la conjunción matemática y artística en el campo arquitectónico; a la filosofía profunda ante el mensaje poético, su propio mensaje y propia poesía. Su obra toda, obra de hombre renacentista, de humanista cristiano, está cargado de dinamismo, ímpetu, violencia, acción, vida. Miguel Angel se nos muestra como una curiosa paradoja difícil de deslindar entre el concepto de hombre como hombre y de hombre como genio.

Esa imaginación prodigiosa en el techo de la Sixtina —cubierta rectangular y plana que él ha mudado por bóveda acañonada uniendo pictóricamente elementos propios del arte escultórico y del quehacer arquitectónico— donde junto a Dios Padre y Creador, Adán y Eva, Noé ebrio, Profetas, Sibilas, Victorias y personajes bíblicos entonan el himno sonoro y mayestático que canta a la gloria inmarcesible de aquél, del Hacedor; esa imaginación sublime, repetimos, le denuncian como hombre y criatura predestinada. Luego, en el testero del venerable salón, Cristo con aire implacable, con hercúleo gesto, con justa y vibrante expresión, llama a los bienaventurados a su diestra y condena para toda la eternidad a quienes, recobrada su hominación, se apartaron del Evangelio y desoyeron la palabra del Padre. Aquí, en el "Juicio Final", toda la tremenda verdad, la implacable justicia, la deses-

perada culpa, la auténtica dicha. Miguel Angel se nos presenta, como en todas sus obras, tremendamente dramático y dramáticamente verdadero. Armoniza toda aquella ingente cantidad de cuerpos —su vasto conocimiento de la anatomía—, de músculos en tensión, de ojos de mirada profunda, de expresiones poéticas —dantescas—, de movimientos agitados. Es el momento inexorable en que



La Pietad, de Miguel Angel. Basilica de San Pedro. Vaticano

los "claros clarines" anuncian la hora postrera en que por encima de todo, de los hombres y de los siglos, sólo Dios tiene la palabra.

Y Miguel Angel continúa mostrándose genial en sus proyectos de arquitectura: cúpula de San Pedro, escalera de la Biblioteca Laurenziana, Plaza del Capitolio..., y profundo y filosófico —a veces teólogo y místico— en sus poemas sugestivos:

*Acórtame el camino que va al cielo,  
Señor, que sólo a la mitad aspiro  
y aun preciso tu ayuda en la subida.*



*Hazme odiar cuanto vale en este suelo,  
cuanto de hermoso en él honro y admiro;  
que me asegure a tiempo eterna vida.*

*No me basta, Señor, que el cielo ansie,  
porque allá el alma ser no debería,  
como ya fue, creada de la nada.*

*Antes que de mi cuerpo se deslie,  
acórtame la abrupta travesía  
y estará más mi vuelta asegurada.*

• • •

Cuando en 18 de febrero de 1564 fallece el gran artista —ahora, pues, se ha cumplido el cuarto centenario— en España trabajan o han trabajado escultores y tallistas formidables. Aparte de los escultores, digamos de segunda fila, que venidos de Italia se han afincado en la Península trayendo consigo, y como es natural, influencias miguelangelescas, destacan, brillando con luz propia, los nombres de Bartolomé Ordóñez († 1520), tan genial y tan prontamente transmisor de la corriente del Buonrotti que ha asimilado de forma profunda y sustanciosa su mensaje artístico. Su filiación miguelangelina, sobre todo en los relieves, le hacen, pues, discípulo directo del genio de Caprese.

Escultor eminente, aunque más destacado como arquitecto, es el también burgalés Diego de Siloé, de fuerte entronque con la escuela del autor de la "Pietà". De Alonso de Berruguete, nacido hacia 1498, del que poseemos curiosas noticias gracias a la información del propio Giorgio Vasari, quizá el primer biógrafo del artista de Julio II, no hemos de referirnos, pues hacerlo nos llevaría a consideraciones marginales y extensas, si bien es menester entroncarlo, decididamente, dentro de la corriente, el influjo y la escuela de Miguel Angel. No cabe duda alguna de que el espaldarazo decisivo para su obra es el dado por nuestro genio de Florencia, incluso concomitancias espirituales y temperamentales encontramos en los dos escultores. Su miguelangelismo, dirá Jiménez-Placer, de quien tomamos la idea, no es como el de Bartolomé Ordóñez "puramente exterior, pegadizo, vinculado a formatos consagrados por la genialidad del maestro". En Berruguete, palentino de cuna, la influencia del que transmitió en la Sixtina las fuertes palabras del Credo Católico, "se transfiere en su temperamento y

arraiga en su personalidad". Se descubren en el español —nótase sin grandes esfuerzos— las hondas afinidades y las profundas diferencias que les une y que les hace distintos. Dónde acaba el influjo del genio y dónde empieza la original aportación del nuevo creador. Pensemos, de pasada, en la convulsa anatomía de su "San Juan Bautista" (sillería de la Catedral de Toledo), en la patética, pero fiel y convencida, actitud de "Abraham" (Valladolid); en el propio "Juicio Final" tallado para el coro catedralicio toledano, etc.

Y fijémonos, finalmente —por no extendernos en más amplias equiparaciones—, y dentro de la brevedad de esta corta película o este condensado análisis, en la influencia del autor del "David" en la obra del valenciano Damiá Forment, hijo del tallista Pere Forment, que trajo, desde Nápoles durante los años en que en aquel reino residió nuestro Magnánimo, el verbo de Miguel Angel. En las tallas de Damiá Forment —Retablo de la iglesia del Monasterio de Poblet, Retablo del Pilar, en Zaragoza, Huesca, etc.— hallamos un insoslayable y marcado mensaje del Buonrotti. Damiá se encuentra en el preciso momento en que al permutar fórmulas góticas —primitivas— por las renacentistas italianas, tiene que ceder más directamente al influjo castellano —informado, lo hemos visto, por la directa relación miguelangelesca— de potente y dramática expresión, agitado movimiento, descarnada y nerviosa anatomía, dinámica y sensitiva agitación.

• • •

Hoy, al cabo de cuatro centurias y considerando a Miguel Angel como padre de nuestro arte moderno, como arquetipo y maestro irrefutable, rendimos homenaje de admiración y cariño al genio que, eternamente, le acompaña y le hace la figura más ecuménica de la historia de la belleza y del mensaje poético. El "parla pure" que el florentino inquiría al "Moisés" es una auténtica realidad. Miguel Angel, a despecho del tiempo —no existe ni espacio ni tiempo para el arte— continúa comunicándonos su testamento de autenticidad y de genial concepción de la hermosura. Sus obras están ahí, hablándonos, cantando un vibrante himno a Dios y al Hombre.

ADRIÁN ESPÍ VALDÉS